

El medievalista aragonés Antonio Ubieto Arteta

ÁNGEL J. MARTIN DUQUE

El primer día de febrero último falleció en Valencia el Profesor Antonio Ubieto Arteta, decano de los discípulos del gran medievalista navarro José María Lacarra y, durante un cuarto de siglo (1949-1973), colaborador asiduo de la revista «Príncipe de Viana», cuyas páginas honró con una docena de sus notables aportaciones para el mejor conocimiento histórico de la Comunidad Foral.

En Zaragoza, donde había nacido (31 marzo 1923), cursó la Licenciatura en Filosofía y Letras (Sección de Historia), fue a continuación Ayudante y Adjunto del Profesor Lacarra y preparó la tesis que le depararía el título de Doctor con premio extraordinario por la Universidad de Madrid (1949). Funcionario ya del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos (1954), ganó al año siguiente, también por oposición, la cátedra de Historia Medieval en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Santiago. Se trasladó pronto (1958) a la Universidad de Valencia, donde prestó servicio hasta que, al cabo de cuatro lustros, sucedió a su maestro en la de Zaragoza; y a ésta siguió vinculado como Catedrático Emérito a raíz de su jubilación oficial. La Diputación General de Aragón lo distinguió con su Premio de las Letras y Humanidades y el Ayuntamiento zaragozano lo declaró Hijo Predilecto.

A su intensa y entusiasta actividad docente acompañó siempre una incansable labor investigadora, centrada principalmente en la historia medieval aragonesa. Preparó además útiles obras de síntesis sobre la paulatina vertebración de los reinos hispano-cristianos, planteando en algunas de ellas audaces y valientes hipótesis de trabajo. Abordó igualmente con polémica originalidad y copiosa información temas monográficos de singular interés, como la autoría, fecha e historicidad del Cantar de Mío Cid, o bien el escenario de la batalla de Roncesvalles, que situó tenazmente en el valle altoaragonés de Echo (cf. *La «Cbanson de Roland» y algunos problemas históricos*, Zaragoza, 1985). Trató de esclarecer, con su característica fogosidad de sincero «combatiente por la historia», los orígenes del reino de Valencia y, en general, los remotos antecedentes del mapa autonómico español.

Puso especial empeño en la preparación y difusión de textos documentales y cronísticos como base necesaria para los deseables avances del medievalismo científico. Fundó para ello y mantuvo abnegadamente su propia imprenta y editorial (ANUBAR), cuya serie de «Textos medievales» sumó más de 80 títulos, a los que se fueron añadiendo unas 65 monografías y otros tantos folletos de divulgación histórica aragonesa y valenciana. Animó con sus vibrantes intervenciones numerosas reuniones de especialistas y, en particular, las Semanas de Estudios medievales de Estella desde su primera convocatoria de 1963.

Entre sus estudios sobre Navarra debe subrayarse la estimable revisión del contorno histórico del antiguo reino (*Las fronteras de Navarra*, «Príncipe de Viana», 14, 1953, p. 61-96, ilus.). Propuso discutidas teorías sobre algunos aspectos de la primigenia monarquía pamplonesa, por ejemplo, en sus artículos *La dinastía Jimena* («Saitabi», 10, Valencia, 1960, p. 65-79), *¿Un nuevo rey pamplonés para el siglo IX?* («Príncipe de Viana», 28, 1967, p. 289-291), *Dónde estuvo el panteón de los primeros*

reyes pamploneses («Príncipe de Viana», 19, 1958, p. 267-277) y *La elaboración de las «Genealogías de Roda»* («Miscelánea J.M. Lacarra», Zaragoza, 1968, p. 457-464). Adujo valiosas precisiones sobre *Los reyes pamploneses entre 905 y 970* («Príncipe de Viana», 24, 1963, p. 77-82), *Doña Andregoto Galíndez, reina de Pamplona y condesa de Aragón* («Actas del Primer Congreso Internacional de Estudios Pirenaicos», 6, Zaragoza, 1952, p. 165-170) y los denominados *Monarcas navarros olvidados. Los reyes de Viguera* («Hispania», 10, 1950, p. 3-24); y resolvió certeramente la cuestión *Con qué tipo de letra se escribió en Navarra hace mil años* («Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», 63, 1957, p. 409-422).

Partiendo de las ingeniosas intuiciones del Prof. José María Ramos Loscertales, en varios trabajos y, sobre todo, en sus *Estudios en torno a la división del reino por Sancho el Mayor de Navarra* («Príncipe de Viana», 21, 1960, p. 5-56 y 163-236) reinterpretó con agudeza y profundidad una coyuntura capital de aquella gran formación política. Iluminó, por otra parte, sus inmediatos destinos en momentos también cruciales, como *La división de Navarra en 1076* («Homenaje a D. José Esteban Uranga», Pamplona, 1971, p. 17-28), *Homenaje de Aragón a Castilla por el condado de Navarra* («Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón», 6, 1956, p. 41-82) y *Navarra-Aragón y la idea imperial de Alfonso VII de Castilla* («Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón», 6, 1956, p. 41-82). En su tesis doctoral analizó con rigor y minuciosidad el reinado de Pedro I de Pamplona y Aragón (*Colección diplomática de Pedro I de Aragón y de Navarra*, Zaragoza, 1951). Entre sus restantes indagaciones en el período de unión dinástica de las dos monarquías pirenaicas cabe recordar también *Las diócesis navarro-aragonesas durante los siglos IX y X* («Pirineos», 10, 1954, p. 179-199), *La introducción del rito romano en Aragón y Navarra* («Hispania Sacra», 1, 1948, p. 299-324), *La participación navarro-aragonesa en la Primera Cruzada* («Príncipe de Viana», 8, 1947, p. 253-266), *Poesía navarro-aragonesa primitiva* («Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón», 8, 1967, p. 9-44).

En casi veinte ocasiones condujo a colaboradores y alumnos por las rutas hispanas de peregrinación a Compostela, otro de sus temas predilectos, como ponen de manifiesto las publicaciones *Una variación en el «Camino de Santiago»* («Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón», 9, 1973, p. 49-70), *Una leyenda del «Camino». La muerte de Ramiro I de Aragón* («Príncipe de Viana», 24, 1963, p. 5-27), *Los primeros años del Hospital de Santa Cristina de Somport* («Príncipe de Viana», 27, 1966, p. 267-276). De sus múltiples ediciones de materiales de primera mano conviene, finalmente, mencionar siquiera los *Documentos reales navarro-aragoneses hasta el año 1004* (Zaragoza, 1986, Textos medievales, 72), *Cartulario de Albelda* (2.ª ed., Zaragoza, 1981, Textos medievales, 1), *Cartulario de San Juan de la Peña* (Valencia, 1962-1963, 2 vols., Textos medievales, 6 y 9), *Cartulario de San Millán de la Cogolla 759-1076* (Valencia, 1976, Textos medievales, 48), *Coránicas navarras* (Valencia, 1976, Textos Medievales, 14), *Documentos para el estudio de la Numismática navarro-aragonesa medieval* («Caesaraugsuta», 1, 1951, p. 113-135, 2, 1953, p. 85-102, 5, 1954, p. 147-159, y 6, 1955, p. 183-189), *Mandatos navarros de Felipe III el Atrevido, rey de Francia* («Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón», 4, 1951, p. 648-685), *Obituario de la catedral de Pamplona* (Pamplona, 1954).

En suma, casi la quinta parte de su copiosísima producción bibliográfica se refiere total o parcialmente al pasado medieval de Navarra y representa una contribución historiográfica no sólo fecunda, variada y documentada, sino también sumamente provechosa y sugestiva para los actuales y futuros investigadores de aquella época. El Departamento de Historia Medieval de la Universidad de Zaragoza le dedicó, pocos meses antes de su muerte, un volumen de estudios («Aragón en la Edad Media. VIII. Homenaje al Profesor Emérito Antonio Ubieto Arteta», Zaragoza, 1989); contiene como pórtico una relación exhaustiva de sus publicaciones y algunas de las importantes obras inéditas que sus entrañables discípulos se encargarán sin duda de exhumar cuanto antes.